



**La esperanza cristiana  
como repuesta a los cambios de  
la nueva cultura en el contexto  
de la misión continental**

**Christian hope as an answer to changes in the new  
culture in the context of the Continental Mission**

*Heleodoro Valdés González\**

---

\* Estudiante panameño de sexto semestre de teología, Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro del semillero bíblico de investigación (UPB). Seminarista del Seminario de Misiones Extranjeras de Yarumal. Estudiante del Instituto Misionero de Antropología (IMA), cursa el séptimo semestre de la Licenciatura en Etnoeducación con énfasis en ciencias sociales.  
Correo electrónico: leo08panama@yahoo.es

Artículo recibido el 3 de septiembre de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.



**Resumen:**

La esperanza cristiana se fundamenta en la fe y alimenta al pueblo de Dios en su caminar hacia el futuro y lo mueve a progresar por los caminos de la dignidad y la justicia para llegar a las promesas del Dios que ha de venir. En la resurrección de Cristo la esperanza no ve la eternidad del cielo, sino precisamente el futuro de la tierra. Es el mundo contemporáneo, el que está instando a la iglesia a una lectura antropológica, es decir a una mayor atención a la vida de la gente, en sus dificultades y alegrías, sufrimientos y esperanzas, desánimos y fe. Por eso, el salto de la esperanza que dan los pobres ha sido un acto repetido indefinidamente en la historia del cristianismo.

**Palabras clave:**

Esperanza, Fe, dignidad, Pobres, Iglesia, Misión, Cultura.

**Abstract:**

Christian hope is based on faith and feeds the people of God in their walk towards the future, moves it to progress on the road of dignity and justice in order to reach the promises of God who is to come. In the resurrection of Christ, hope does not see the eternity of heaven, but precisely the future of the earth. It is the contemporary world, which is urging the church, and particularly the Bible, an anthropological reading, a greater attention to people's lives, to their difficulties and joys, sufferings and hopes, disappointments and faith. Therefore, the leap of hope given to the poor has been an indefinitely repeated act in the history of Christianity.

**Keywords:**

Hope, Faith, Dignity, Poor, Church, Mission, Culture.



A finales del segundo milenio cristiano y comienzos del tercero, vivimos un cambio de época, no una época de cambios. No se trata de una modificación adjetiva o cuantitativa de modalidades accidentales propias del paradigma moderno, sino de un cambio de paradigma, es decir, de un cambio radical de cosmovisión, que comporta el cambio del sentido de la existencia, de la manera de entender la realidad, de la escala de valores, del sentido moral, de la vivencia, de la religiosidad, de la experiencia estética, todo lo cual conlleva al nacimiento de un mundo nuevo, un hombre nuevo, un nuevo saber, una nueva axiología, una nueva experiencia de la vida y del espíritu.

Hoy, cuando el Espíritu está abriendo más y más la fe cristiana al mundo oriental, a las contra-culturas y a la nueva cultura, lo que importa no es trasplantar formas doctrinales sino compartir vida auténtica, basada en una repuesta de fe al Evangelio, y escuchar las voces de las diversas culturas del mundo, que son las voces de los pobres que denuncian los abusos de las culturas dominantes. La gran mayoría del pueblo latinoamericano mantiene sus raíces cristianas, sobre todo a través de la tradicional religiosidad popular. Muchas comunidades han profundizado su fe en la Palabra del Señor y su conciencia eclesial. En algunos lugares florece un cristianismo vivo, comprometido, con participación de los diversos carismas y ministerios eclesiales. En otros lugares, crecen los grupos carismáticos con un cristianismo más bien emocional y entusiasta<sup>1</sup>. Por eso, antes que las estructuras eclesiales, hay que llevar a otros lugares la fe cristiana, que no puede ser impuesta desde fuera, pues la gente sólo puede comprender, experimentar y responder al Evangelio cuando es asequible a sus realidades culturales y religiosas, porque se le proclama en su lenguaje, símbolos y expresiones.

Con la Misión Continental la Iglesia está llamada a seguir siendo visiblemente el modelo comunitario, en medio de la actual situación del mundo y, en particular de América Latina y de nuestro país, en donde se ha impuesto el imperio de la violencia, la economía de mercado y el flujo de capitales, con la gran cantidad de vidas humanas sacrificadas que esto supone y la conmoción y desesperanza que provoca, abrirá un espacio de esperanza que a su vez, se convertirá en un rico testimonio para la sociedad en general, que de alguna manera se sentirá invitada a construirse según este comunitarismo fraterno<sup>2</sup>.

Sin embargo, la Iglesia tiene que repensar el lenguaje teológico y los contenidos y el sentido de la misión, y para lograrlo tiene que realizar una triple tarea: consultar el testimonio de la Biblia, examinar los desarrollos teológicos a lo largo de los siglos, afrontar el momento y la situación que actualmente vivimos. Por ello, la Misión Continental como proyecto de la Iglesia de América Latina y el Caribe para continuar su acción evangelizadora en el mundo anuncia el evangelio y por ende, la Iglesia como real y verdadera-

---

1 Víctor Codina, "Para que nuestros pueblos en ÉL tengan vida," Revista Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó 2, no.3 (diciembre 2007): 251.

2 Álvaro Cadavid, "La Iglesia, testigo y constructora de esperanza en el mundo de hoy," Revista Cuestiones Teológicas 32, no.77 (junio de 2005): 201.

mente creíble, capaz de presentarse ante todo el mundo como una realidad de esperanza, un lugar en donde los hombres y mujeres encuentren el ambiente decididamente cálido y fraterno, sin violencia ni discriminaciones, en donde todo se comparte y nadie pasa necesidad (cf. Hch 2, 42), para recuperar y rehacer allí sus esperanzas deshechas. Pero esta es una tarea que va más allá del discurso y de las palabras, y que sólo la praxis puede conseguir, dado que Jesús puede sanar una sociedad ciega, una civilización desintegrada, y en este sentido, uno de los signos de esperanza es que hoy muchos vienen a verlo, en diversas circunstancias, dado que la sociedad y la iglesia necesitan de una mirada más aguda para ver más allá de la multitud y un oído muy atento para escuchar más que el rumor de la multitud en la nueva cultura.

Entendemos entonces por qué la esperanza en el enfoque tomista mira especialmente al mundo del más allá, ni siquiera al mundo del mañana, pues está dentro de la mentalidad epifánica de los griegos. Por eso no se interesa por los problemas sociales del mundo, por la injusticia y el sufrimiento humano, además de que ve la sociedad como algo estático, inamovible, y muy jerarquizada. Existe una relación entre esta concepción ultramundana de la esperanza y la idea de la fe como asentimiento a proposiciones doctrinales<sup>3</sup>. En la síntesis tomista la trascendencia humana es vista como algo que está en el más allá, donde se encuentra el sumo bien, más que como un esfuerzo creativo por transformar la situación humana en este mundo. La esperanza, entonces, aparece más como espera de un bien que está en el otro mundo, que como esfuerzo activo por hacer mejor este mundo y disponerlo para el don de Dios. Queda la impresión de que este mundo, creación de Dios y confiado por Él a la administración del hombre, es como lo consideraban los griegos: algo malo por ser material y de lo cual había que liberarse.

En cambio, la Misión Continental frente al mundo contemporáneo propone la esperanza entendida como la praxis de la fe cristiana. Es por ello que la evangelización de la nueva cultura nos lanza a dar el paso del giro teocéntrico al antropocéntrico, en este sentido la Misión Continental busca ir a cada persona y crear procesos de fe que le muestren el Crucificado-Resucitado, dada la magnitud y el sentido que tiene una fe basada en la experiencia de encuentro con Jesucristo vivo y actuante, en medio de la comunidad y de las personas que ven en los agentes de pastoral a Cristo mismo. También así, cada

---

3 Adolfo Galeano, *Visión cristiana de la historia* (Bogotá: Editorial San Pablo, 2012). 255.

discípulo y misionero tiene un encuentro con otra persona, sin distinciones de ningún tipo, para mostrarle que él es importante para la comunidad parroquial de hermanos reunidos en una misma fe y esperanza, ya que en muchos casos, el ser humano, busca ser reconocido, y para ello se adhiere a grupos y movimientos tal y como lo observamos frecuentemente en nuestros campos de acción, precisamente porque estos movimientos han suplido, en muchos casos el acercamiento humano y el acompañamiento de los pastores a su grey, esto es en lo que nos hemos quedado cortos para la acción.

De aquí, que el horizonte de acción evangelizadora es y será siempre en clave de esperanza porque nos permite entender que la Iglesia no se debe acomodar o ajustar a los nuevos cambios, sino que debe llevar a plenitud su misión, que es anunciar el evangelio. Es aquí entonces que los pobres y la nueva cultura aparecen como el desafío primordial para abrir las puertas de los templos y salir a buscar persona por persona, tal y como insistentemente lo ha indicado el papa Francisco desde su primera aparición como Sumo Pontífice. Así podremos contagiar a los demás de la esperanza no solo escatológica sino actuante en medio de nuestra historia personal y comunitaria, dado que ésta esperanza es Jesucristo y se proyecta más allá de lo que nos ofrece el consumismo del capitalismo y el mundo contemporáneo.

Entonces, el evangelio no debe proclamarse como algo estático, conservado en fórmulas dogmáticas, sino que debe ser proclamado en situaciones históricas concretas. En la realización de la misión, al encontrarse con el evangelio, el mundo y la historia se convierten en elementos constitutivos de la proclamación. El mensaje evangélico no está fijado en un lugar del mundo, ni en un punto de la historia, ni en un determinado contexto cultural, sino que está abierto a toda la historia, todo el mundo y todas las culturas, por lo cual no se puede fijar con arreglo a sitios, normas y valores particulares.

En este orden de ideas, el salto de la esperanza que dan los pobres ha sido un acto repetido indefinidamente en la historia del cristianismo. Son muchos los que conscientemente o desesperados han entregado su vida a Jesús, en la Iglesia. Algunas veces en una experiencia radical como la de Pablo, otras veces, comprendemos que es la esperanza nostálgica de que Jesús puede ser la respuesta, la aventura de entregarle la vida para verla recuperada y sanada por la fe, al estilo de Bartimeo. Es preciso, para realizar la misión evangelizadora salir de los lenguajes iniciáticos, laicizar, desacralizar la presentación

de nuestras disciplinas, para poder alcanzar la esencia de una cultura y un metalenguaje que vaya más allá de la lengua y de las formas folklóricas.

Además, la Iglesia y, por tanto la teología, tienen que construirse también por inculturación. No basta la mera adaptación de la Iglesia a culturas y lenguajes, ni el uso de elementos de otra cultura, pues no se trata de que la cultura y las organizaciones propias de los misioneros sean las únicas, mientras las culturas y organizaciones de las comunidades evangelizadas sean la “no cultura”. Lo científico y lo popular nos permiten estar atentos a las transformaciones que se dan en la mente del mundo y afectan los cambios culturales. Toda cultura sólo se realiza si se tiene un eje alrededor del cual gire. Este puede concebirse verdadera o erróneamente; pero sin él no es posible que el hombre viva, la razón es que la vida es unidad pues la muerte es disgregación y la cultura es vida. Sin embargo, no es necesario que el eje totalidad dentro de un pueblo dado sea único, pueden coexistir varios y relacionados muy diversamente. La fidelidad al pasado no consiste en la repetición de textos del pretérito sino en una formulación nueva del Misterio de Jesús en el contexto social y en las culturas de la actualidad. Una Iglesia aculturada reinterpreta las formulaciones dogmáticas acumuladas, y reinterpreta el Misterio haciéndolo comprensible para el tiempo y lugar en que evangeliza, tal y como lo experimentamos nosotros, los Misioneros Javerianos de Yarumal en nuestros sitios de misión, porque la aculturación es asunto de fidelidad a la encarnación del Verbo en la Historia.

Sin embargo, ¿quién define la cultura de hoy? ¿Quién define al pobre? ¿Quién define la esperanza? ¿Cómo nos atrevemos a definir si en muchos casos no vivimos tal o cual realidad? Todo proceso inicia así, es la base para la claridad del creyente, pero hoy necesitamos vivencia tal y como lo hacían las primeras comunidades cristianas, hacer teología o hablar de los pobres desde el escritorio es como esos informes del gobierno que se autocalifican como “buenos” pero la gente que lo sufre piensa distinto y como el papel puede con todo... Entonces la Misión Continental que supone la aculturación de Jesús nos lleva a aplicar una serie de criterios claros para responder a la nueva evangelización de la mano de Jesús. A continuación se enumeran algunos de estos criterios como los ha expresado el Padre Alberto Restrepo:

- Desoccidentalización y desclericalización de la Iglesia.
- Reinterpretación de las formulaciones doctrinales del pasado.

- Equilibrio entre la ortopraxis y la ortodoxia.
- Reconocimiento de las diversas culturas, que libere de la imposición de la cultura dominante, porque para el Evangelio no hay culturas privilegiadas.<sup>4</sup>

Tan es así, que esta realidad que vivimos, debe ser evangelizada y de hecho lo está siendo, por lo que respecta a América Latina, hace ya 500 años, algo que aparece contradictorio por los escasos frutos que ha denunciado Aparecida en el 2007. Entonces, ¿qué aspectos de la realidad exigen una más atenta evangelización y qué líneas del mensaje hay que subrayar? En esta ponencia hemos hecho hincapié en el tema de la fe y esperanza cristiana como respuesta al mundo contemporáneo, aunque en muchos casos también se habla de las mega-tendencias, del mercantilismo como eje de la totalidad, del conflicto entre finito e infinito, de la contemplación, de la pobreza, de Cristo en la historia, de la sabiduría frente a la ciencia, de la muerte y la resurrección, de la dimensión divina del trabajo, entre otros.

Y es que solo sentimos la necesidad de recordar el significado que tiene el pasado para nuestra existencia cuando se trata no de un pasado perdido en la lejanía, donde los sucesos y sus mutuas relaciones ya están hechos y acabados, clausurados y caducados, sino de un pasado que “no se ha ido”, que no ha perdido su forma. En el pasado hay un futuro (Bloch). El anuncio de la resurrección del Cristo crucificado arguye desde luego que, por lo que a este acontecimiento se refiere, hay futuro en el pasado, que en la realidad de la exaltación de Cristo hay algo que todavía no se ha acabado de realizar, que está todavía en posibilidad, que está pendiente de un futuro. En el modo del recuerdo hay prendida una esperanza, y un recuerdo en el modo de la llamada a la esperanza.<sup>5</sup> La esperanza como expectativa de la historia va avanzando, en un proceso continuo de actualización, hacia situaciones siempre nuevas que le conducirán a su vez a otras sucesivas.

Dado este panorama, la praxis misional en el mundo contemporáneo resulta de la confrontación dialogal entre Evangelio, Postmodernidad y Cultura porque la misión es la continuación de la presencia salvadora o redentora o liberadora de Cristo, en la historia, la sociedad y la cultura, esto exige que la

---

4 Estoy parafraseando al Padre Alberto Restrepo en clase de realidad eclesial en América Latina.

5 Jurguen Moltmann, Teología de la Esperanza (Salamanca: Sígueme, 1969). 251.

estructuración del quehacer misional tenga una doble fundamentación: el análisis de la contemporaneidad y sus expresiones, y la actualización de la teología de la evangelización en el mundo actual. El futuro de la teología de la acción y la pastoral misional en el mundo contemporáneo depende de la respuesta a la pregunta por la relación entre misión cristiana y cultura emergente. Entendiendo que la actividad misional, eminentemente práxica y operativa, llena de esperanza, consistente en hacer presente a Cristo liberador entre quienes no lo han conocido, tiene en el mundo contemporáneo un espacio tan grande para el ejercicio de la caridad pastoral como no lo tuvo nunca antes.

En este sentido, las comunidades primitivas tienen éxito porque ofrecen elementos de solidaridad e integración social a muchas personas que viven en la periferia de las sociedades del imperio expresando una eclesiología de fraternidad (1 Pe 2, 17; 5,1.9). Esta opción por los pobres se debilitó por el alejamiento de la esperanza del final de los tiempos. Desde esta perspectiva se entiende mejor que los obispos en Aparecida señalen que las CEBs (comunidades eclesiales de base), como las primitivas comunidades cristianas, deban “desplegar su compromiso evangelizador y misionero entre los más sencillos y alejados de manera que sean expresión visible de la opción preferencia por los pobres<sup>6</sup>.

Es de capital importancia mencionar que así no hayan sido formuladas desde un contexto cristiano, por pensadores cristianos, con convicciones cristianas explícitas, las propuestas fundamentales de la nueva cultura son anónimamente cristianas y radicalmente cristianizables. Por eso, el anuncio de Cristo, que es la esperanza misma en la fe, en el tercer milenio debe responder a dos exigencias: aculturación del Evangelio, y escucha, confiada y abierta, a cada miembro de la Iglesia. Por ello, misionar no es tener el espíritu de los cruzados sino tener el espíritu de la Cruz, pues “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor “. (2 Cor. 4, 5). La praxis eucarística, lleva a la transformación del testigo en uno de tantos y a la intervención en favor de la justicia y de la paz; ambas cosas son condiciones y consecuencias de la promesa del Reino, pues la Misión Continental debe visibilizarse en signos de fe, para que el testimonio misional goce de credibilidad.

---

6 César Alexander Rodríguez Quintero, “Las comunidades eclesiales de base (CEBS) a la luz de Aparecida,” Revista Medellín 39, no. 54 (abril-junio de 2013): 309.

También, evangelizar la cultura en su proyección al futuro sería así propiciar la apertura respetuosa y libre al misterio, más allá de lo cuantificable, desde la nueva propuesta que nos hace América Latina, seguridad y conocimiento de nosotros mismos, a la vez que carácter para realizar la seriedad de la Misión Continental, a la vez que corazón creyente y testimonio atrayente, sumando a todo esto, carácter para realizar la seriedad técnica en la contemplación solidaria. “Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo... respetando debidamente el camino siempre distinto de cada persona y tendiendo a las diversas culturas en las que ha de llegar el mensaje cristiano de tal manera que no se nieguen los valores peculiares de cada pueblo... El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia de Inculturación”<sup>7</sup>

Entonces, la Misión Continental en clave de esperanza es reconocer a Jesús como nuestro Señor y salvador únicamente, y esto tiene sentido en la medida que tratemos de vivir como él vivió y adecuemos nuestras vidas a su escala de valores. Si creemos que en Jesús de Nazaret se da la plena relación personal e histórica de Dios, es lógico que procuremos ser seguidores en espíritu y en verdad de ese Jesús (cf. Jn 4,23). Con todo, la esperanza cristiana no se fundamenta en motivos de orden social o histórico, como la utopía marxista, tampoco en el optimismo, sino en la fe en las promesas de Dios. Esas promesas están consignadas en la Sagrada Escritura, que es el libro de las promesas divinas. Éstas son las que jalonan la historia de Israel, la de Jesús, la de la Iglesia y la nuestra<sup>8</sup>.

Finalmente, concretar formas de acción que respondan a tales interrogantes, lapidariamente sintetizados en el célebre llamado de Juan Pablo II a una evangelización “nueva en su ardor, nueva en sus métodos y nueva en su expresión”, es el punto de partida de toda auténtica acción misional en el mundo contemporáneo, teniendo como paradigma la esperanza cristiana, que nos transforma y transformar. En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo

7 Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Numeral 40, Copyright © Libreria Editrice Vaticana, 2001.

8 Vicente Peña, *Cristología y cultura latinoamericana* (Ecuador: EDICAY, 2004) 119.

puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando hasta el extremo, hasta el total cumplimiento (cf. Jn 13,1; 19,30). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente vida. Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la “vida eterna”, la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud<sup>9</sup>.

Entonces, la Iglesia, pueblo de Dios en comunión, está llamada también a realizar su misión en el mundo por deseo expreso de su fundador. Esta misión la realiza, por una parte, brillando e iluminando con su luz a los pueblos de la tierra y, por otra, llevando a cabo la tarea de la evangelización para así reconstruir la esperanza de cara a una humanidad desesperanzada, sobre todo entre los más pobres y excluidos de la tierra que ven sus sueños frustrados y que se sienten impotentes ante los poderes de este mundo. Para llevar a cabo esta labor, la iglesia tiene que hacerse presente en medio de este mundo contemporáneo como animadora y colaboradora en proyectos humanos que requieren el aval y el compromiso de todos los hombres de buena voluntad.

## Bibliografía

- Benedicto XVI. Encíclica Salvados en la esperanza, Editorial San Pablo, Bogotá, 2012.
- Bloch, Ernst. “El principio de la esperanza” I y II. Aguilar. 1977.
- Cadavid, Álvaro. “La Iglesia, testigo y constructora de esperanza en el mundo de hoy”, Revista Cuestiones Teológicas 32, no.77 (junio de 2005).
- Codina, Víctor “Para que nuestros pueblos en Él tengan vida”, Revista Facultad de Filosofía y Teología de la Fundación Universitaria Luis Amigó 2, no.3 (diciembre 2007).
- Concilio Vaticano II. Editorial San Pablo. 2008
- Documento conclusivo de Aparecida. Editorial San Pablo. 2009.
- Francisco. Encíclica La Luz de la Fe, Editorial San Pablo, 2013.
- Galeano, Adolfo. Visión cristiana de la historia. Bogotá: San Pablo, 2012.

---

9 Benedicto XVI, Encíclica Salvados en la esperanza, Numeral 27, Editorial San Pablo, Bogotá, 2012.

Juan Pablo II. Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Libreria Editrice Vaticana, 2001.

Moltmann, Jürgen. *Teología de la Esperanza*. Salamanca: Sígueme, 1969.

Peña, Vicente. *Cristología y cultura latinoamericana*. Ecuador: EDICAY, 2004.

Rodríguez Quintero, César Alexander. "Las comunidades eclesiales de base (CEBS) a la luz de Aparecida," *Revista Medellín* 39, no. 54 (abril-junio de 2013).

